

Masood Khalili

Los susurros de la guerra

Traducido del inglés por  
Fuencisla Almudena Gozalo Sanmillán

Alianza Editorial

*Primera edición: 2016  
Primera reimpresión: 2016*

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o  
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Masood Khalili, 2016  
© de la traducción: Fuencisla Almudena Gozalo Sanmillán, 2016  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9104-247-1  
Depósito legal: M. 34.767-2015  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A las mujeres de Afganistán víctimas de la guerra y a todas las  
del mundo cuyos susurros jamás fueron escuchados.*



**E**L 9 DE SEPTIEMBRE DE 2001, en un remoto lugar de Afganistán, dos terroristas de Al-Qaeda disfrazados de periodistas acabaron con la vida del legendario líder afgano Ahmed Shah Massoud, «el león del Panjshir», que combatía ferozmente a los talibán tal y como antes había hecho con el invasor soviético. Bin Laden y su organización tendrían así un país donde refugiarse. Dos días después, el planeta asistiría sobrecogido a los atentados que se perpetraron en Nueva York y Washington y que cambiarían el mundo para siempre.

Masood Khalili, íntimo amigo y asesor político de Ahmed Shah Massoud e hijo del amado poeta afgano Ustad Khalilullah Khalili, sería el único superviviente de aquel magnicidio. Sin embargo, la historia comienza mucho tiempo atrás, en las Navidades de 1979, con la invasión soviética y la lucha que distintas facciones de la sociedad afgana emprendieron con el ánimo de expulsar al extranjero de su país. En el año 1986, en plena decadencia de la superpotencia rusa frente a una guerra de guerrillas liderada por Massoud y apoyada por Estados Unidos y otras naciones occidentales, los viajes de Khalili tendrían lugar con el fin de levantar al pueblo frente al invasor. Sin posibilidad alguna de comunicación con su amada esposa, Sohaila, y sus dos pequeños hijos, sus diarios describirán las alegrías, inquietudes, miserias, tristezas y dramas de seres humanos anónimos, en su mayoría refugiados, que transitarán por sus páginas como si de personajes de una novela se tratara.

Junto a él caminarán mujeres con maridos desaparecidos, hijas vendidas a ancianos, niños con miembros amputados por minas con forma de juguete, niñas que hablan silbando, barberos, zapateros, refugiados desahuciados, maestros con un solitario lápiz para decenas de alumnos, vendedores de queso encarcelados, desertores de países satélites de la Unión Soviética, viudas que esperan la muerte como única esperanza para encontrarse de nuevo con sus seres queridos, jóvenes que luchan por amores prohibidos, amantes acusados de asesinato, refugiados en busca de un futuro más digno o acciones bélicas, como la histórica toma del cuartel de Farjar.

La sensibilidad de la pluma de Khalili nos transporta a un Afganistán diferente, alejado de la imagen estéril y desértica que de él tenemos, mientras nos acerca al dolor de su pueblo, mostrándonos a la vez, a través de sus propios pasos, que la guerra nunca es el camino.

Este es su relato...

# UNO

*Cuaderno escrito en 1986*

*Martes, 1 de julio de 1986*

*Chitral, Pakistán*

Primeros pasos de un largo viaje

*¡Oh, Señor!, ¡haz brotar la esperanza!  
¡Muéstrame la flor del Paraíso!  
¡Llena mi alma con su fragancia!  
¡Oh, Señor!, ¡toma mi mano hasta el final de mi viaje,  
paso a paso, hasta que Tú seas feliz y yo sea libre!*

**M**I AMOR: ME ENCUENTRO en un pequeño avión que transporta a unas cuarenta personas.

Sin azafata que haga acto de presencia, la hora de viaje que nos separa de la ciudad de Chitral me invita a escribirte.

Hay tres pasajeros afganos que están heridos: una niña, su madre y un hombre mayor. Parecen sufrir mucho. La mujer, a pesar de tener una pierna amputada, ayuda a su hija, que debe de tener unos doce años, y le ofrece agua y medicinas. La pequeña no tiene mano e intenta, sin conseguirlo, esconder sus lágrimas de la gente mientras llora en silencio. Quizás no quiere que los demás contemplen su padecimiento.

En el asiento de atrás otra joven, que no parece una refugiada, le da un caramelo a su hija, que juega alegremente con su muñeca de ojos azules. Las lágrimas de la primera chiquilla y las risas de la segunda han traído, en igual medida, dolor y paz a mi corazón. Después de un rato descubrí que las azafatas del avión existían. Surgieron de la nada, nos trajeron zumo y les regalaron unas sonrisas a ambas pequeñas.

Un niño que debía de ser su hijo o su nieto ayudaba al hombre herido. Sujetaba nervioso una paloma en su regazo. Debió de traerla escondida. El ave parecía estar más asustada que el pequeño. Me han contado que todos fueron víctimas de un bombardeo ruso hace unos meses y que, excepcionalmente, Cruz Roja Internacional les había permitido regresar a uno de los campos de refugiados de Chitral.

¡Ay, Señor, cuánta tragedia! ¡Qué vida miserable han de llevar esa madre coja con su hija manca para vivir en un campo de refugiados sin casi alimentos o medicamentos! Intenté hablar con la cría, pero se avergonzaba e intentaba cubrirse el rostro con la única manita que le quedaba. La madre debió de percibir las lágrimas en mis ojos, que, a su vez, atraían las inocentes miradas de la niñita, y me dijo:

—Perdí a mis dos hijos y a mi marido en un bombardeo. Gracias a Dios todavía conservo a mi hijita conmigo. Deberíamos estar contentas por haber sobrevivido y no tristes por lo que perdimos. No se preocupe, señor, seguro que nos irá bien, pero, si le digo la verdad, echo enormemente de menos a mis niños y mi casa. Espero de corazón que esta guerra acabe pronto y podamos volver a nuestra pobre aldea de Afganistán.

El anciano, suspirando, murmuró:

—¡Qué mujer tan fuerte!, ¡qué resignación para una vida tan mísera! ¡Dios es misericordioso!

Observé los ojos rojos de la blanca paloma que se encontraba casi asfixiada entre las manos del muchacho y los comparé con los azules de la muñeca, pero hasta ella se había quedado muda.

El avión se deslizaba entre las cumbres nevadas de las montañas, los profundos valles y los azules ríos. Me encontraba de camino hacia la mis-



ma guerra que ha arrasado por entero mi país y que ha arrojado al sufrimiento diario a millares de personas pobres como esta madre, su hija e incluso la paloma.

Cariño, ten paciencia, es solo el primero de un largo viaje con muchas semanas y meses por delante; habrá escenas feas y bonitas que contemplar, problemas difíciles y fáciles que afrontar, retos alcanzables e insuperables que encarar, miradas felices y tristes que contemplar e historias dulces y amargas que escuchar.

Después de todo, es una lucha por la libertad contra el soviético invasor, y yo, como afgano, formo parte de ella. Cuando pienso que voy a la guerra, me repugna el tortuoso viaje que me aguarda, y, sin embargo, cuando lo hago sabiendo que es necesaria para rescatar a mi pueblo, lo agradezco recordando las palabras que me enseñó mi padre: «La piedad hacia el lobo es la crueldad con el cordero». Liberar al lobo es condenar al cordero. Para mí, luchar por la libertad en una guerra es un modo de rechazarla. Dime, ¿hay alguna otra vía para arrancar la libertad de las garras de un poderoso y cruel enemigo que la guerra? ¿Desearía tanto que existiera!

Al final tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar a Chitral desde Peshawar. Con un poco de suerte, después de algunos días de viaje, estaremos en Afganistán.

El comandante Atiq, uno de los hombres del comandante Massoud, vino al aeropuerto a recibirnos y nos llevó directamente a su casa, situada en las afueras de la ciudad.

En casa de Atiq me encontré con líderes de refugiados del norte que querían verme porque tenían muchas cosas de las que hablar. Como delegado político de mi partido, Jamiat, tuve que escucharles atentamente y anotar sus inquietudes.

Le pedí a Atiq que me llevase al centro de Chitral para contemplar de nuevo esta remota ciudad situada en el noroeste de Pakistán y que hace frontera con el Nuristán, provincia afgana, y refrescar así la memoria de pasados viajes.

La de Chitral es una de las rutas más duras que utilizan refugiados y guerreros de la Resistencia Antisoviética. Casi cada año, cuando voy al norte de Afganistán, tomo esta vía. Existen otras rutas que llevan al sur, este y oeste del país. Son mucho más fáciles, planas y con montañas más bajas. Utilizamos caballos, mulas y burros para hacer el camino. La guerra y, sobre todo, los cazas soviéticos nos impiden usar coches o cualquier otro medio de transporte.

Chitral es montañosa, polvorienta, rebosante de pequeños comercios y estrechas calles. Está llena de gente, buena y mala. Nos apoyan en la guerra contra los soviéticos y por eso han permitido a millares de refugiados afganos vivir aquí. Los oriundos de Chitral hablan su propio dialecto, que nosotros no entendemos.

Dios ha bendecido esta ciudad con un buen clima, y el aroma de su comida especiada mezclada con el humo del kebab de cordero que sale de los viejos restaurantes y los pequeños salones de té torturan a los hambrientos mendigos con más hambre. Perros vagabundos merodean alrededor de sucias carnicerías con el deseo de encontrar un hueso de toro con el que consolar sus tripas vacías. Miles de moscas y avispones amarillos comparten con ellos los huesos ensangrentados de los bueyes despedazados. Las olas del gris y embarrado río Chitral añaden belleza a la ciudad, aunque el rumor de sus rápidos resta serenidad a los alrededores. Las montañas son tan altas y las peñas tan grandes que, dondequiera que me dirija en la ciudad, o mi sombra temblorosa se abre paso entre las rocas, o las grandes rocas proyectan enormes sombras sobre mi pequeño cuerpo.

Aunque he estado en Chitral muchas veces, nunca he conocido a ninguno de sus habitantes, salvo a dos o tres *mirs* o terratenientes, cuyos antepasados formaron parte de antiguas e influyentes familias. Tristemente, su propia gente ya no los considera tan importantes. Lo que ahora soportan sobre sus débiles hombros son tan solo apellidos ilustres que el tiempo ha hecho olvidar. Aunque siguen moviéndose y hablando como sus ancestros, poca gente llama ya a sus puertas para mostrar respeto.

Cada vez que los veo, me enseñan sus mosquetes obsoletos, sus antiguas monedas y algunas viejas fotografías en blanco y negro de sus tatarabuelos tomadas con lóres británicos en tiempos coloniales. Muestran con orgullo los escudos familiares grabados en anillos de plata portando las firmas de sus abuelos como muestra de un pasado glorioso que ya no volverá. ¿Qué más les queda?

Vi bastante de la antigua ciudad y del mercado y encaminé mis pasos hacia un lugar tranquilo donde disfrutar de una taza del caliente té chitralí. De repente, en mi camino hacia el salón de té, una imagen llamó mi atención y me devolvió a mi infancia:

Se trataba de un niño que llevaba tres pescaditos colgados de un palo viejo y sucio. Debía de tener unos ocho años. Una mujer, seguramente su madre, lo acompañaba. Ella vestía un traje negro *kochi*, de nómada, mientras portaba un enorme haz de leña. ¡Cuánto debía de pesar aquel fardo! Parecía una delgada rama de manzano que se inclina por el peso de su propia fruta. El chiquillo tiraba de una cuerda tras la que trotaba una cabra. Ambos estaban sucios y flacos, pero eran deliciosos.

Su tirachinas, colgado alrededor del cuello, me devolvió recuerdos de hace treinta años, cuando tenía su misma edad. La diferencia entre este niño y yo es que, cuando era como él, usaba mi tirachinas para divertirme, pero este pequeño utilizaba el suyo y su palo de pescar para dar de comer a su pobre familia. Madre e hijo eran refugiados afganos. Un chuchito gris los seguía. Probablemente era también un perro refugiado.

El niño vestía un gorro de lana mucho más grande que su cabecita y que le llegaba hasta las mejillas. Yo ni siquiera era capaz de verle las orejas porque le cubría la mitad de la cara. Iba descalzo. Tradicionalmente, no hay problema si un niño pobre no puede llevar zapatos pero, si puede permitírselo, ha de llevar un gorro. Antes de que se alejaran más, le pregunté al muchacho dónde estaba su padre. Él, con una leve mezcla de vergüenza e inocencia me respondió:

—Señor, murió en un bombardeo. Si estuviera vivo no seríamos refugiados o, al menos, él ayudaría a mi mamá con el haz de leña.

Su madre le dijo que se apresurase y él corrió hacia ella. Quizás volvieran a casa para comer esos tres pescaditos comprados en una tienda o capturados en el río. Me habría gustado saber de qué parte de Afganistán provenían.

Todavía contemplaba al niño alejarse cuando el comandante Atiq señaló una pequeña tienda donde tomar el té. Era diminuta y estaba llena de humo, pero, por alguna razón, me gustó.

Mi plan era ir otra vez al norte de Afganistán y ver al comandante Massoud y a otros jefes de unas seis provincias para ponerme al día de la situación militar de la Resistencia. Es muy importante también estar con mi pobre gente para tomar nota de sus anhelos, sus problemas, sus necesidades, sus buenas acciones, sus malos sentimientos, sus hechos, buenos o malos, sus éxitos y sus fracasos en la guerra contra el títere régimen comunista y el ejército soviético. Soy uno de ellos. Hablo con ellos, les escucho, les pregunto y dejo que me pregunten. Sé que aprenderé mucho y, humildemente, espero que también aprendan algo de mí. Por supuesto, todo ello lleva tiempo y tiene sus riesgos.

Amor mío, como siempre que me preparas la maleta, sabes que no llevo muchas cosas y que, principalmente, consisten en un par de botas, dos camisas de repuesto, cuatro o cinco cuadernos, una cámara, película, rotuladores, lápices, algunos analgésicos y, si es posible, un poco de sal y pimienta. Siempre reservo uno o dos cuadernos para ti donde escribo las cosas más dulces que veo u oigo, llenándolos además con las bellezas de nuestra patria. Sí, me llaman luchador por la libertad, guerrillero y un delegado político, pero, antes de nada, soy un ser humano. Me gusta mirar, sentir e incluso palpar los calurosos latidos de la madre naturaleza, especialmente cuando los comparto contigo. Tu recuerdo es lo que me hace feliz y lo que transforma las etapas más duras de mi viaje en algo amable e incluso bello.

Haré todo lo posible para llevarte conmigo, de base en base, de aldea en aldea, de paso en paso, de río en río, de montaña en montaña, e incluso de corazón en corazón. Seguramente seremos testigos de eventos im-

predecibles. Después de todo, para escuchar las historias de la gente corriente se necesita mucha paciencia.

Quédate conmigo y recuerda el proverbio: *sabr talkh ast walayken bare shereen daarad* o, lo que es lo mismo, «la paciencia es amarga, pero tiene un dulce fruto». Mi estilo de escritura es y ha sido siempre muy sencillo. Una rosa bella crece siempre en un arbusto humilde.

Nada es fácil. Sí, físicamente es duro encarar un viaje de estas características, en el que cada momento es propicio para sufrir un ataque, una emboscada, un secuestro o una herida, ya sea de un soldado soviético o de un comunista afgano. Hasta ahora ya llevamos un millón de muertos, miles y miles de heridos, millones de desplazados internos o refugiados en tierra extraña.

Imagínate lo que significa caminar cientos de kilómetros o subir las cimas más escarpadas sin apenas comida o medicinas. Sin embargo, creo firmemente que cuanto más grande sea la lucha por la libertad, mayor será la esperanza de alcanzar la victoria. Los caminos que nos conducen a ellas no suelen ser fáciles. Uno ha de tener una fe inmensa y un amor loco por ambas. Se necesita mucho trabajo, paciencia, compromiso, tolerancia, valor, sabiduría y, por supuesto, sacrificio.

Aunque a veces sacrificio y sabiduría no casan bien, hay que crear una especie de ten con ten. El sacrificio no conoce de lógica. El sacrificio es un árbol que da siempre frutos a otros. Fue plantado por los profetas del amor para los amantes fieles en el jardín de la humanidad. El sacrificio es una rosa con aroma eterno de amor y generosidad.

No olvides, cariño, que tengo a alguien que me acompaña siempre y que, me guste o no, le guste o no, viaja conmigo continuamente. Es tremendamente paciente y humilde. Me cuida incluso si no le hago caso. Jamás discute. Se conforma con todo y no es codicioso. ¿Sabes de quién te hablo?, ¿no lo adivinas?, ¡pues claro!: de mi burro. Aunque estos compañeros de viaje no aprenden nada de mí, intento interiorizar sus pacientes silencios porque, a pesar de llevar una inmensa carga sobre sus lomos, la toleran. Aunque es muy duro para mí mantener la calma y no pegarle un grito al

animal, estoy perseverando. Entiendo de sobra que no ha de ser fácil para nadie tener la paciencia de un asno. Después de todo, nosotros somos egoístas. Nos enfadamos. Después de todo, nosotros somos seres humanos.

Mi amigo Whitney Azoy me acompañará también en este viaje. Creo, mi amor, que lo conoces un poco. Es un antropólogo estadounidense enamorado de Afganistán. Debe de estar cerca de los cincuenta. Me gusta.

Cuando era más joven, trabajó en la Embajada de los Estados Unidos en Kabul hasta que decidió cambiar su carrera diplomática por el mundo académico. Pasó tres años en Kunduz como antropólogo. Ha escrito un libro sobre Afganistán llamado *Buzkashi*. Conoce bellísimos poemas ingleses y cuenta preciosas historias; con él nunca te aburres.

Tengo también otros amigos en este viaje. El equipo de Sandy Gall, el reputado periodista británico, me acompañará para ver y entrevistar al comandante Massoud. Estará formado por tres personas. Mi amigo Andy, que ha organizado todo para Sandy, será el cámara y fotógrafo. Otro hombre o incluso dos, a quienes todavía no conozco, les acompañarán. Si aparecen antes y vienen conmigo, será fantástico; si no, me adelantaré y me seguirán. Espero que lo consigan. Andy me ha contado muchas cosas sobre Sandy Gall y yo he leído su libro, que, como el de Whitney, versa sobre Afganistán.

Ahora, cariño, vuelvo a hacer la ruta hacia el norte vía el Nuristán, provincia muy montañosa de nuestra amada patria. Nadie conoce mejor que tú que este tipo de viajes son parte de mi trabajo. La comida y los medicamentos son artículos de lujo que no podemos obtener con facilidad, pero tenemos agua cristalina y clima fresco de sobra. La gente jamás nos abandona y, generosamente, siempre nos proporciona algo de comer. ¡No te preocupes!

Sabes que la parte más dura de mi viaje es cuando te dejo, cuando dejo a mis hijitos Mahmud y Majdud y cuando dejo a mis ancianos padres en Pakistán sabiendo que no volveré a verlos durante meses. Sin acceso al teléfono, a la radio o incluso a un mensajero veloz, no existe posibilidad de saber de vosotros. Es como si me fuera a otro planeta.

Cuando me encuentro en las montañas, lejos de ti, créeme, añoro los viejos tiempos, cuando se usaban las palomas mensajeras para enviar cartas de amor. Los amantes, separados entre sí, contaban al menos con la oportunidad de anudar suavemente sus mensajes a las patas o a los cuellos de esas aves inocentes y mandarlos al que aguardaba. Ellas eran los carteros de hoy. Imagínate un muchacho enviando una carta a su amada, quien la espera lejos, muy lejos, escrutando cada segundo el cielo azul con la esperanza de ver aparecer las alas de la paloma que lleva el mensaje.

¡Qué maravilla!, el pájaro era un emisario de amor mano con mano, alma con alma e incluso esperanza con esperanza. Menos mal que las palomas no conocían el contenido del mensaje que portaban; si no, habrían llorado amargas lágrimas hasta alcanzar el corazón del receptor. Ah, me vienen ahora a la memoria unos preciosos versos en dari que hablan de estas mensajeras del amor. Aunque te los sepas, ¡escúchalos de nuevo!:

*¡Oh, paloma!,  
sé por qué tus ojos son rojos.  
Llevando una carta a mi amada  
lloraste sangre por mi corazón maltrecho.  
¡Oh, paloma!,  
sé por qué tus ojos son rojos.  
Portando la misiva a mi amada  
no eras más que un emisario, herido en el pecho.*

*Miércoles, 2 de julio de 1986*

*Chitral*

Estrellas en el tejado

**A**MOR MÍO, ANOCHE ME encontraba escribiendo en tu cuaderno cuando el comandante Atiq nos dijo que podíamos dormir en el patio trasero de su casa, a lo que accedimos.

Tuvimos que hacerlo en la parte de atrás porque no había habitaciones disponibles en su casa. Era gracioso ver cómo todas las mujeres, fueran o no de ONG, dormían junto a los hombres en una misma habitación de diez por diez. Al menos en el patio de Atiq, bajo el techo estrellado de Dios, la igualdad entre hombres y mujeres funcionó perfectamente. Nadie se quejó.

Aunque estaba cansado, no pude conciliar el sueño y la siguiente hora la dediqué a hablar con las estrellas colgantes. Mi corazón quería que nuestro pequeño Mahmud estuviera aquí, conmigo, para que hubiera podido dormir a mi lado, bajo el cielo estrellado. Intenté con todas mis fuerzas encontrar las estrellas y constelaciones que conocía, mas no fui capaz.

Recordé las noches del verano de Kabul, cuando dormíamos en el tejado. Uno de los mayores nos mostraba las estrellas y nombraba todas y cada una de ellas con sus correspondientes cuentos. Para mí, los mejores eran los de la estrella pastor y la estrella poeta. También teníamos estrellas de la buena y mala suerte.

En cualquier caso, el cielo de Chitral me dio la oportunidad de recordar algunas de las dulces historias de nuestro pasado de paz. Me trajo también el agradable recuerdo de mis hermanas, hermanos y amigos, que ahora están diseminados por el mundo como lo están las estrellas, principalmente por esta guerra cruel.

Whitney estaba sentado en su cama, parecía un alto y barbudo mulá de Kandahar. Él también estaba escribiendo algo.

Debían de ser las nueve de la mañana cuando el comandante Atiq organizó un maravilloso desayuno para todos nosotros que nos supo a gloria. Tengo bien la espalda y las piernas. No me duele nada. Estoy siendo extremadamente cuidadoso. Recuerdo que el año pasado tuve infinitos dolores.

Shuhaib, uno de mis hombres, me mandó un mensaje urgente desde Peshawar donde me decía que Ustad Rabbani\*, el jefe del partido Jamiat,

---

\* Ustad Burhanuddin Rabbani fue presidente de Afganistán desde 1992 hasta 1996 y, temporalmente, de noviembre a diciembre de 2001, cediendo el relevo a Hamid Karzai. Fue asesinado en Kabul, el 20 de septiembre de 2011, por los talibán.



me había enviado una nota que decía: «por favor, acorta el viaje todo lo que puedas. Si te es posible, vuelve para septiembre porque nos gustaría mover ficha contra los soviéticos en Naciones Unidas, en Nueva York».

*2 de julio de 1986*

*Llanuras de Chitral*

Eligiendo un caballo

CARIÑO, CONTRA TODO PRONÓSTICO, Ahmad Zia, el hermano del comandante Massoud, llegó hace una hora. ¡Qué buenas noticias! La seguridad de mi viaje dependerá de los guardaespaldas que Ahmad Zia elija. Me ha dicho que ha seleccionado hombres valientes para acompañarnos, especialmente conociendo que la seguridad en los caminos ha empeorado mucho este año.

Que no se me olvide contarte algo inusual que ha sucedido esta mañana. Uno de los *mir*s, terratenientes, de Chitral me paró por la calle y me invitó a acompañarle a asistir a un partido de un deporte que yo jamás había visto. Acepté con alegría. Es un juego llamado *chowgaan baazi* o, como se le conoce en Occidente, polo. Jugaba Peshawar contra Chitral y ganó Peshawar. Ya no jugamos al polo en Afganistán, pero ha sido muy famoso en nuestra historia. Fue el juego de reyes y aristocracia.

Hace mil años, el rey afgano Mahmud era ya un gran jugador de polo. Se juega con caballos y con *chowgaan*, largas mazas. No se parece en nada al deporte nacional afgano, el *buzkashi*, que es duro y recio y para el que se necesita mucho valor. Un jinete de *buzkashi* debería ser como un guerrero o un luchador terco; sin embargo, un jugador de polo tiene la sensibilidad necesaria para entender las delicadas reglas del juego.

Los caballos del polo son bellos, limpios, elegantes, con cuerpos refinados; me recordaban muchachos vistiendo ropas elegantes, engalanados con sombreros y botas, listos para asistir a una recepción real, un ballet ruso o una fiesta señorial. Los del *buzkashi* son fuertes, rudos,

bastos, sucios y salvajes. Deberían ser más fuertes que los caballos de Alejandro Magno o más fornidos que los del histórico luchador oriental Rustam.

En el polo hay un número limitado de veinte jugadores, pero en el *buzkashi* puede haber cientos de rudos jinetes jugando en campo abierto. En el polo son amables los unos con los otros, incluso se disculpan si cometen alguna falta. En el *buzkashi* los jinetes han de ser fuertes —el más poderoso es quien gana— y han de batirse, golpearse, empujarse, tirarse, sangrar, gritar, chillar; todo forma parte del juego. En el polo usan una pelota; en el *buzkashi* la pelota es un ternero. La velocidad de un jugador de polo parece limitada; esa limitación no existe en el *buzkashi*. Las ropas de un jugador de polo están limpias y, como te decía, son elegantes; sin embargo las de los de *buzkashi* han de ser bastas, duras, gruesas, de forma que puedan soportar los impactos de los látigos y los puñetazos de otros jinetes. El polo es un juego de equipo mientras que el *buzkashi* es anárquicamente personal y un espejo real del carácter individualista de los afganos.

Lo que más me gustó es que el polo tiene incluso un árbitro con un silbato. Para ser te sincero, mientras observaba el partido de polo, me acordaba de aquel pobre refugiado afganito con su tirachinas, su palo de pescar y su enorme gorro. Deseaba que pudiese estar conmigo viendo el partido de polo, pero solo era eso, un deseo...

Decidí que había llegado la hora de elegir un caballo para mi viaje. El comandante Atiq y un pequeño grupo de guerrilleros me acompañaron.

Caminamos a lo largo de una pequeña colina durante unos quince minutos y, según atravesábamos la cima, una inmensa pradera verde se abrió ante nosotros. Un poco más abajo podían verse cientos y cientos de burros, caballos y mulas. Era como si hubiésemos entrado en otro mundo. Los sonidos de estos animales inundaban el ambiente. Estuvimos contemplando la escena durante unos minutos. El comandante Atiq me dijo:

—Khalili Sahib, ¿este es el punto de partida del abastecimiento para la guerra que provee a las provincias del norte de Afganistán!

¡No sabes la de imágenes de la historia del mundo que en ese momento acudieron a mi mente! Vi a los hombres de Alejandro Magno cargando sus provisiones y armas en una enorme pradera como esta en su camino hacia Macedonia y todo su ejército prepararse para la marcha que, desde Europa, conquistaría medio mundo marchando hacia China, pasando por Afganistán en la ruta de la seda.

Pude ver desde nuestro propio país al sultán Mahmud de Ghazni preparando a miles de sus soldados desde allí hacia el oeste, a través de Irán, y hacia el este en su camino a la India. Pude ver a Temur el Cojo llevando sus fuerzas desde Bukhara y Samarkanda al este para conquistar lo que encontrara en su camino. Desde allí, imágenes de Genghis Khan aparecían con sus vastas hordas, cabalgando hacia el oeste para destruir o gobernar desde Mongolia parte de Europa.

Mis pensamientos fueron entonces para Babur el Grande, que cabalgó desde Afganistán hasta la India, donde reinó hasta su muerte. Pude ver también, y no ha pasado tanto, a los soldados del Imperio Británico aguardando órdenes para internarse en Afganistán con el fin de bloquear el paso a la imparable Rusia zarista. Desde Moscú, los zares no cejaban en su empeño de ver sus enormes ejércitos tomando el control de todas las tierras que iban desde sus fronteras hasta Asia Central, ocupando todos los territorios hasta llegar a las cálidas aguas de la India.

Mientras observaba toda esta enorme pradera llena de animales y hombres esperando entrar en Afganistán, un pensamiento claro me embargó; en efecto, todos aquellos ejércitos del pasado estaban preparados en su propio país para salir a conquistar otras tierras. Sin embargo, estos pobres hombres y estos pobres caballos que se encontraban ahora frente a mí lo hacían para todo lo contrario, y no era otra cosa que entrar en su propio país para poder abastecer de las necesarias provisiones de guerra a un movimiento de liberación. Ellos no querían conquistar nada, solo querían ser libres.

Salí de mi ensimismamiento y le dije al comandante Atiq que debíamos bajar donde se encontraban hombres y caballos. A cada paso que descendíamos, aquella inmensa llanura se volvía más espectacular. Me di cuenta de que los que estaban a cargo de los caballos habían avistado a nuestro grupo. Estos valientes abastecían a trece provincias al norte y sur del Hindu Kush.

Le dije a Atiq que eligiese a algunos de aquellos hombres para poder dialogar con ellos. Cuando llegaron, nos saludamos y nos sentamos en un pequeño claro rodeados de rocas.

Uno de los responsables de los caballos apuntó:

—La distancia mínima que recorren entre estas duras y frías montañas para suministrar provisiones es la de quince días a caballo. La máxima ha sido de setenta y cinco días de dura caminata. Los suministros que llevan son: balas, morteros, misiles, lanzaderas, fusiles de asalto como el AK-47, ametralladoras de calibre cincuenta Zikoyak, rifles de precisión, minas antitanque, misiles de larga distancia, RPG-7s, equipos de comunicación y otros suministros militares necesarios para librar una guerra. Cada caballo viene a costar unos trescientos cincuenta dólares al día a la ida y lo mismo para la vuelta.

Un hombre llamado Nabi dijo que su misión era hacerlo hasta el confín de la provincia de Badakhshaan, en un distrito llamado Darwaz que tiene frontera con China, y que le llevaba fácilmente cuarenta y cinco días de viaje a pie.

El comandante Atiq mencionó entonces que, normalmente, con todos los suministros, llegar al valle del Panjshir les llevaba a los hombres quince días.

—En mitad de la guerra fría, este es uno de los centros que proveen de armas y municiones, pero, ¿basta para nuestros soldados? —le pregunté a Atiq

—Khalili Sahib —respondió—, comparado con el número de guerrilleros que tenemos, esto no es más que una gota en un océano. Si no fuera por el número de armas que hemos arrebatado a los soviéticos,

ni siquiera tendríamos suficiente para equipar a cada uno de nuestros hombres.

Le pregunté entonces a Mohamad Naqib, otro hombre que hacía la ruta a Faryab:

—Tu viaje dura al menos unos cincuenta o sesenta días, ¿llevas contigo alguna medicina?

—Sí. Llevo a Dios y unas cuantas aspirinas Bayer —respondió con una gran sonrisa.

Miré a Nabi, que iba a Badakhshaan, y le pregunté:

—¿Por qué te lleva tanto tiempo hacer el recorrido?, ¿es por tu pesada carga o por la dificultad de los senderos?

Comenzaron entonces a murmurar y a asentir entre ellos. Nabi contestó en nombre de todos, yendo al grano muy dulcemente:

—Khalili Sahib, Dios está con nosotros incluso en los caminos más difíciles, de tal forma que podríamos cruzar rápidamente con nuestros caballos y suministros, pero, debido a los bombardeos soviéticos y a las emboscadas, no podemos viajar durante el día. Por la noche, el ritmo de nuestra marcha se ralentiza debido a la falta de visión y a los peligrosos precipicios. No queremos morir y, lo que es más importante, no queremos perder nuestros suministros. Mucha gente depende de nosotros.

—Dios os bendiga a todos. Sois buenos. No permitáis que nadie os diga lo contrario. Solo hombres con corazones bravos como los vuestros son capaces de salvar esas distancias y resistir tantas adversidades. Sois parte viva en nuestra lucha por la libertad —les dije.

Llenándolos de parabienes, rezamos por la salvación y libertad de nuestro amado país. Mientras me despedía de aquellos hombres, pensé para mis adentros: «El camino más duro y más difícil es el camino hacia la libertad».

Nos dirigimos entonces hacia Qudus, uno de los dueños de algunos caballos, y pude comprobar que el elegido parecía fuerte y sano y poseía un pelaje ligero y marrón.